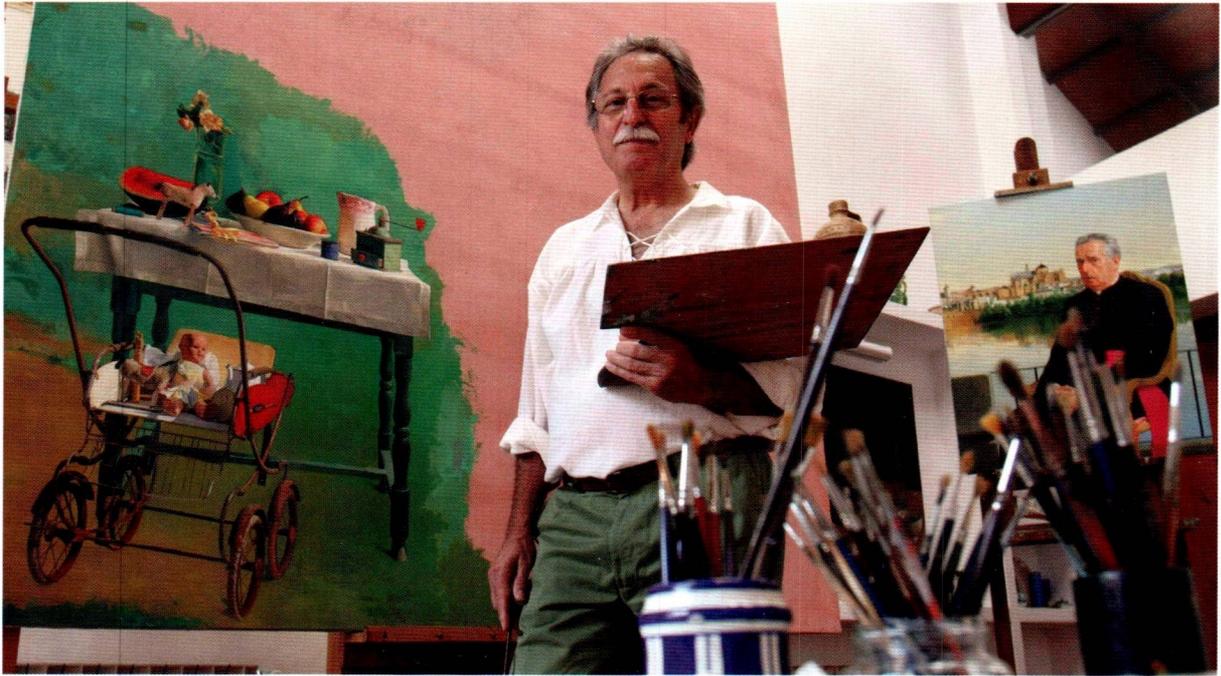




Emilio Serrano
OBRAS DE MADUREZ

Emilio Serrano



EMILIO SERRANO:
Obras de madurez

EDITA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

EXPOSICIÓN

Comisario

Ángel Aroca Lara

Coordinador del Catálogo

Ramón Montes Ruiz

Diseño gráfico

Casares, s.l.

Impresión

Casares, s.l.

Fotografías

M. Pijuan

Raúl Ariza

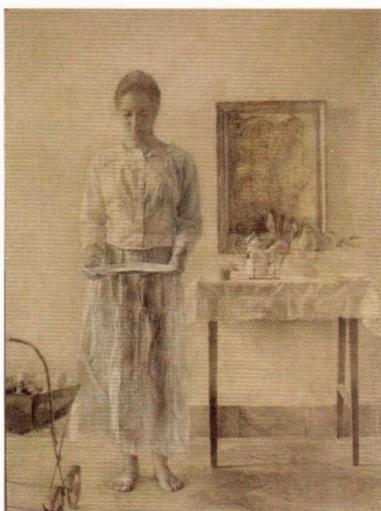
Luis Colmenero

Archivo fotográfico de la Familia de Serrano

Depósito Legal: CO 1881-2018

Miguel Ventura Gracia
Académico Numerario

Emilio Serrano y Espejo



Adolescencia, 1990

Danzan mis dedos sobre el teclado derramando evocaciones y remembranzas del eminente artista -cordobés con raíces campiñesas- Emilio Serrano. Al tiempo, un suspiro reprimido se trasluce al recordar cualquiera de sus obras inalcanzables, ante las cuales el amante del arte paladea la belleza en un amago ingobernable de levitar. Tan solo insinuar su nombre -el nombre del pintor Emilio Serrano- y una avalancha de afectos emerge desde el hondón del alma de este compañero académico y amigo suyo. Sentimientos, digo, que a borbotones se manifiestan con afán de evidenciarse y aflorar: "Siéntate -sugería Emilio a Martín Rebollo, mientras juntos contemplaban una obra de arte-. Mira, pero sobre todo siente. Escucha. El cuadro habla".

Nada nuevo revelo si digo que con la presente Exposición retrospectiva se rinde homenaje a una de las figuras más relevantes que ha dado el talento artístico cordobés. Un hombre esencialmente bueno -desprendido y generoso, honesto, indulgente, solidario, sincero...- al que la naturaleza quiso agradecerle de unos dones sublimes, plasmados magistralmente en esos trazos suyos, magistrales, únicos e irreversibles, a los cuales tan solo los escogidos pueden aspirar.

A mi mente acude, con tersura y absoluta nitidez, el día en que Emilio acude - anhelante y solícito- a quien escribe estas líneas, en busca de apoyo para poder rastrear en los archivos locales su cuna y genealogía; y verificar sus orígenes más remotos en el "Galeón gigante", como aludiera el inolvidable Juan Bernier a este pueblo admirable y hospitalario, que clarea esplendente en el cerro más alto de nuestra Campiña: Espejo.

Sé que no soy yo el llamado a comentar con tino las virtualidades que orlan el perfil de nuestro artista insigne. Lo sé... Pero en esta magnífica y más que merecida muestra de su imponderable quehacer, no me hago de rogar y me niego al silencio. Y lo hago -ahora me dirijo a ti, querido Emilio- conmovido del recuerdo de tantos y tantos momentos de interminables diálogos compartidos, y el goce de tu franca y efusiva amistad. No podría haber sido de otra manera. Un feliz cúmulo de circunstancias te auparon hasta la antigua *Ucubi* de los iberos -¿recuerdas?- tratando de localizar en documentos eclesiásticos centenarios -con la permisión del párroco García Velasco- tus raíces y tus cimientos. Era la voz de la sangre la que a voces te llamaba, acelerando con fuerza el latido de tu corazón. Tú lo sabías, y respondiste a la llamada... La tierra nutricia de tus mayores -a la que Julio César, tras vencer en Munda a Pompeyo, elevó a la categoría de Colonia inmune- parecía reivindicar para ella tu presencia. Y tú, seducido y con embeleso, hasta allá encaminaste tus pasos con amagos de instalarte. Así lo revelé en otro alegato y otra ocasión...

Allá en este pueblo-fortaleza, una ermita cinco veces centenaria donde establecer tu más que mimado estudio-taller al momento te cautivó. Como novel enamorado acudías anhelante a visitarla pletórico de proyectos e ilusión. Mientras, de la cordobesa iglesia de Santiago -en la angosta calleja del Viento- el rosetón pugnaba con los vestigios de aquel edificio, por entonces semiderruido, cuasi enigmático, a donde, en otros tiempos, concurrían a la misa dominical los que, por su "indigencia", tuvieron dificultad para cumplir con el precepto en el templo mayor... Todavía, querido Emilio, se me antoja un misterio, cómo el esqueleto de ese antiguo lugar de culto - hogaño desacralizado- te fascinó. O mejor, cómo te embrujó para siempre la *Specula* de origen bajomedieval, a la que, desde ese momento, semana tras semana, no dejaste de visitar. Fue un flechazo de amor filial, que tus dos Estrellas compartían con ardor.

Todo lo tenías previsto. Gestiones y más gestiones para seguir cultivando el arte mismo en la patria chica que a tu ascendiente más directo alumbró. Fue una suerte. En todos los que a partir de entonces te conocimos, caló hondo tu sin igual bonhomía, y tu rotunda sencillez. Y el arte -tu arte- que acá y allá brotaba inesperadamente en cuatro trazos mágicos, mientras los demás conversábamos con displicencia, ajenos o sabedores de lo que ibas a brindar. ¡Qué privilegio! Era un ambiente afectuoso, entrañable, fraternal..., en un entorno salpicado de los viñedos y lagares más afamados de nuestra tierra, que pugnan a veces con el verde y plata de un incipiente olivar: "El Vínculo". O en el otrora dominio del cereal -"Cabriñana"- muy cerca del enigmático Bajocillo o Guajocillo, el Guadajoz de hoy, el viejo *Salsum*, como Roma

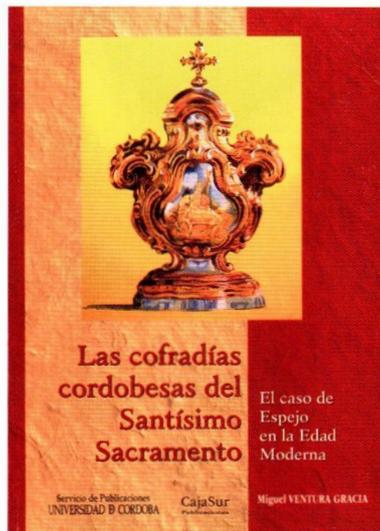
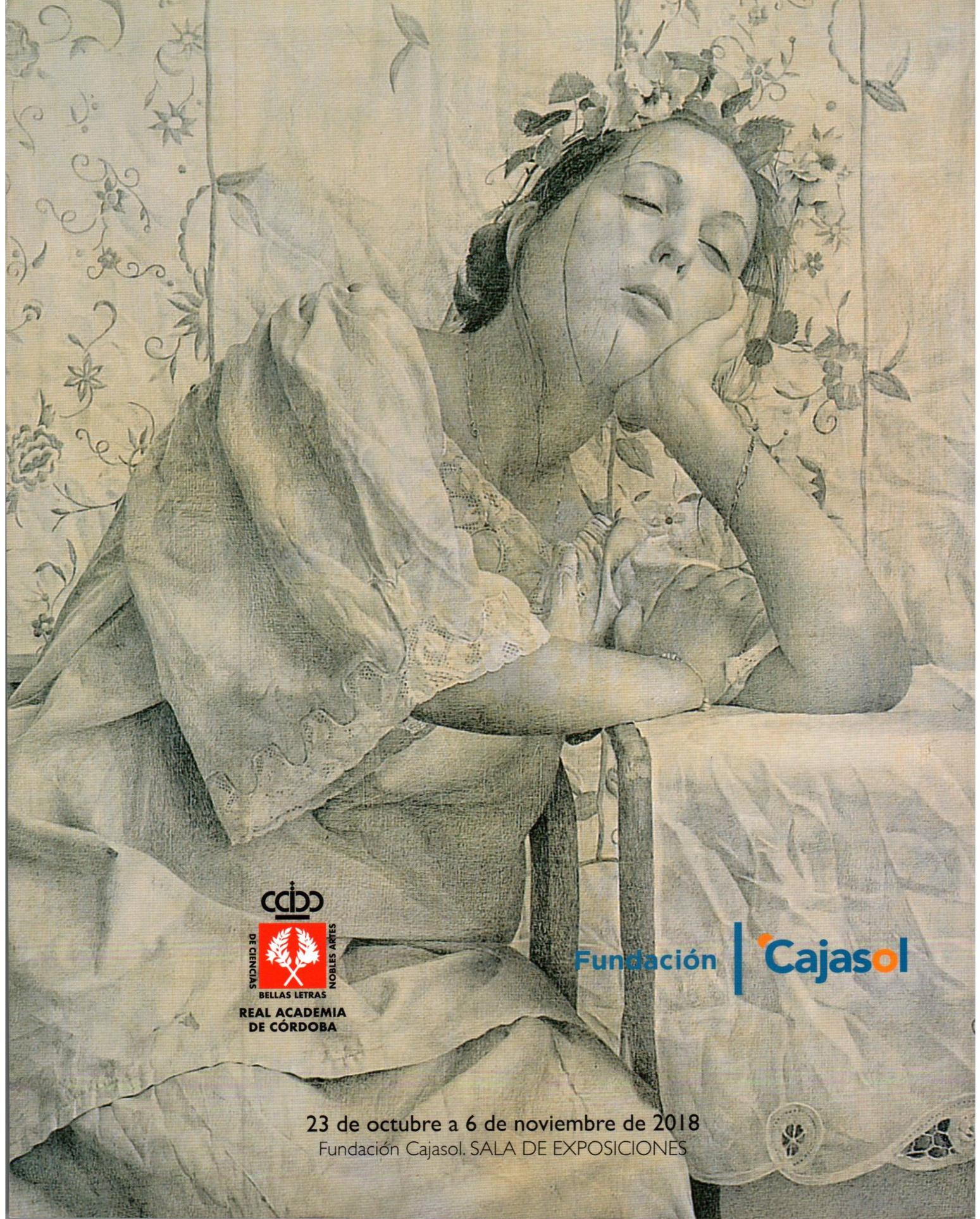


Ilustración de Emilio Serrano para portada: Portaviáticos de la Parroquia de San Bartolomé de Espejo (*Damián de Castro*, 1772)

lo bautizó. Campo, campo, campo... Y siempre, aflorando el arte a través de comentarios magistrales y de primera mano, que ofrecías a tus flamantes amigos desde la más incitante humildad. Recuerdos..., inagotables recuerdos y afectos imborrables, que hoy afloran en una aureola de dilección y cariño en estos días obsequiosos, plenos de significado y virtualidad.

En "casa Nono", en la antigua Calle de las Eras del *Espejo* al que adorabas, el aura de tu espíritu aún pervive inmarcesible... ¡Cuánto se te echa de menos, querido Emilio; ¡Cuán familiar la estampa del maestro con Estrella -siempre su Estrella- y Estrellita, distendida y alegre, intentando dilatar la hora de la despedida; Y los ojos de una joven musa cautivadora y "romeraca" -como la solías calificar- que tú habías nominado en esta Atalaya de la Campiña para dar culmen al cuadro inacabado que Ronquillo Briceño contempla a través del amplio ventanal de tu estudio, cuando los rayos de luna lo besa dulcemente y lo ilumina.

Pocas personas encontramos en nuestro camino de la talla del inmensurable artista y Miembro Numerario de la Real Academia de Córdoba, con la modestia, sencillez y sinceridad -"que tu sí sea un sí, y tu no sea un no"- que le adornaban. Lo tengo escrito: "Para nuestro querido Emilio -como para todos los grandes- la normalidad, la sencillez y su más que probada generosidad eran los pilares en los que basaba su existencia, su vida, su discurrir". ¡Cuánto le queríamos; ¡Cuánto le queremos; Porque, queridos amigos, queridos familiares, mis queridas Estrella y Estrellita, estad seguros que Emilio, nuestro Emilio..., vive. Los grandes -digo- y grande era el Ilmo. Sr. D. Emilio Serrano Ortiz, nunca mueren. Ahí están y estarán por siempre, para recordárnoslo eternamente, su obra inigualable y su grandeza de espíritu.



CCDO
DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA

Fundación | Cajasol

23 de octubre a 6 de noviembre de 2018
Fundación Cajasol. SALA DE EXPOSICIONES